

convencidos estamos de que no hallará nada de sublime en los santos. Mejor será que se dirija á los estoicos; para ello de nada le sirven ya los santos, lo que ciertamente redundará por completo en honor de éstos. Pero si quiere una virtud sólida, verdadera, durable, hará muy bien dirigiéndose á su escuela. No se edifica con escombros. El que quiere construir un edificio sólido, le pone un buen cimiento, continúa la obra lentamente, con reflexión y prudencia, y no emplea materiales de dudosa calidad.

Del mismo modo debe construirse el edificio de nuestra vida. Con frecuencia experimentamos una penosa impresión al ver nuestra vida tan trivial, tan uniformemente la misma. Mas precisamente es esto una dicha para nosotros, aunque no la comprendamos. Esas hileras de piedras secas, siempre iguales, que amontonamos diariamente unas sobre otras, acaban por formar un muro que puede soportar todos los pesos. Veremos esto, para nuestro propio consuelo, cuando hayamos terminado nuestro trabajo.

Ahora bien, ¿en quién ir á buscar alientos en esta penosa y fatigante empresa? ¿En quién apoyarnos en nuestras aflicciones cotidianas, en la uniformidad y aridez de nuestras labores, en la ingratitud, el desconocimiento y el desdén con que el mundo recompensa nuestra fidelidad?

Ciertamente, no debemos dirigirnos á los esclavos que se lamentan sin cesar, ni á los mozos de cordel que blasfeman al colocar junto á nosotros su carretilla rechinante, porque están extenuados.

Tampoco debemos dirigirnos á esos filósofos agudos y charlatanes que consideran las cargas de la vida como sobrado mezquinas para su grandeza, y que, si por casualidad son consultados, resuélvenlo todo deprisa, y corriendo, para correr á encerrarse en sus castillos de naipes.

Pero especialmente no debemos interrogar á esos pocos felices, que aparecen únicamente en escena en el momento preciso de la recolección de los frutos del trabajo ajeno.

Poco importa á donde volvamos nuestras miradas; sólo nos queda un ejemplo, el de los santos.

Sin embargo, también hay entre ellos algunos á los cuales no podemos imitar en todo. Pero de la mayoría puede decirse lo que un poeta popular dice de San Anno:

«Se ha conducido noblemente con nosotros. Ha hecho lo que el águila con sus pequeñuelos, cuando queriendo animarlos á abandonar el nido, ciérnese magnífica por encima de ellos y describe en los aires curvas majestuosas. Viendo esto sus aguiluchos, se sienten impulsados á imitarla». ⁽¹⁾

El mundo no ha corrompido á los santos. Les ha impuesto cargas pesadas, y les ha disputado el fruto de su trabajo. Los que los han observado más de cerca, con frecuencia son los que más los han desconocido, más obstáculos les han puesto, y más los han atormentado, porque, «los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa». ⁽²⁾

Por otra parte, los ha perseguido Dios en sus defectos con celosa severidad, para purificarlos de sus manchas. Pero ellos han dado pruebas en todo de inquebrantable paciencia. Han cumplido siempre con fidelidad su oscuro trabajo cotidiano, y esto durante años. Han soportado sus cargas con la pena en el corazón y la sonrisa en los labios. Han avanzado lentamente. Rara vez han dado pasos de gigante, pero no han cesado de marchar hasta llegar al fin.

Tenían también un corazón humano. Penosa, humillante y fatigosa les ha parecido con frecuencia esta vida, pero precisamente porque la han conducido hasta el fin, han llegado á una virtud completa, y han realizado una virtud completa.

Por consiguiente, para el que aspira á este mismo fin no hay medio más seguro que el de conformarse con sus ejemplos, y precisamente en aquellas cosas que constituyen el centro y la base de toda su vida.

8. Vida perfecta sobrenatural de los santos.—¿Qué

(1) *Annolied* (Alb. Stern.), 45, 773 y sig.

(2) Matth., X, 36.

queremos decir con esto, que todo, en la vida de los santos, ha sido exclusivamente natural, que es un prejuicio buscar en ellos cosas extraordinarias y sobrenaturales?

¡Dios nos preserve de semejante error!

Aunque no hubiesen hecho más que soportar sufrimientos ordinarios y realizar las obligaciones de la vida natural, con la constancia y perfección de que han dado pruebas, sería ya esto algo de extraordinario, algo que nos mostraría sin la menor duda, la existencia de lo sobrenatural en ellos.

Sólo se atreve á negar la necesidad de la gracia á este efecto, quien no haya intentado resolver seriamente esta empresa por sí mismo.

Pero el que conozca la vida de los santos sabe que, además de los deberes ordinarios del hombre y del cristiano, han practicado todavía miles de cosas más elevadas que sólo podía inspirarles su amor á Dios y á los hombres. Y si las virtudes y sufrimientos cotidianos constituyen la sólida base del edificio espiritual que han elevado á una altura incomparable, sus acciones extraordinarias son prueba de que en ellos obraba una fuerza sobrenatural, sin la cual no hubieran podido realizarlas, ó bien, si lo hubieran hecho, no hubiese sido por modo tan perfecto.

Diariamente pueden todos comprobar la verdad de este principio.

¿Quiénes son, pues, los que más se lamentan de no tener tiempo para cumplir las obligaciones del cristiano ordinario, diciendo que la fe ofrece cosas demasiado difíciles? No son seguramente aquéllos que jamás se han saciado del amor de Dios y del prójimo. Por lo contrario, los que no hacen ni siquiera lo posible son siempre los que censuran á Dios exigir lo imposible.

Sólo en el grupo de los que no retroceden ante lo extraordinario, hay que buscar las personas que cumplen estrictamente sus obligaciones ordinarias.

Los santos mismos no han realizado todas las obligaciones naturales y todos los preceptos naturales ordinarios

de un modo tan perfecto, sino porque eran instrumentos extraordinarios y dóciles de lo sobrenatural. Si no hubiesen sido maravilla de lo sobrenatural, tampoco hubieran sido maravilla de la naturaleza.

En ellos todo se mantiene en pie. Si brillan en una perfección sobrenatural, es porque no han abandonado el sólido terreno de la virtud natural. Y se han convertido en modelos de perfección humana, porque sólo han tratado de agradar á Dios.

Esta acción simultánea de la gracia y de la libertad, de lo divino y de lo humano, de lo natural y de lo sobrenatural, es la nota característica de los santos. Por eso dice el poeta hablando de ellos «que se asemejan á rubíes heridos por los rayos del sol». ⁽¹⁾

Pero la luz que los ilumina interiormente, y que ellos difunden en torno suyo para consuelo del mundo, es el Espíritu Santo con sus dones, fuente de la vida sobrenatural.

El Espíritu de Dios los ha escogido de toda eternidad, y los dones que les ha preparado han precedido á su razón, y aun á su vida. Él los ha guiado sin cesar; desde sus primeros y débiles principios, los ha preservado de la caída y les ha dado un celo siempre nuevo. Finalmente, los ha conducido de grado en grado hasta la perfección. Él es quien les ha enseñado á conocer sus deberes y el objeto sublime de la santidad. Él es quien les ha dado el valor para domar generosamente su propia voluntad, para subordinar todo placer natural al impulso de la gracia, y para subyugar todos los movimientos de la sensualidad y de las pasiones. ⁽²⁾

Pero Él ha encontrado en ellos colaboradores dignos de su liberalidad, por la nobleza de sus sentimientos naturales y por la fidelidad admirable con que han secundado sus miras.

La vida de los santos es, en efecto, la historia de la lu-

(1) Dante, *Parad.*, 19, 4 y sig.

(2) Meschler, *Gabe des heiligen Pfingstfestes*, 378.

cha más grandiosa que se haya visto jamás. Si Dios ha querido mostrar en ellos hasta dónde puede llegar su liberalidad, su generosidad y su amor á los que responden á su iluminación y á su impulso, son ellos á su vez una prueba de la adhesión y del amor al sacrificio de que es capaz la generosidad humana auxiliada por la gracia divina. Finalmente, puesto que ningún partido podía vencer al otro, han hecho pacto eterno de fidelidad y unión, mediante la justicia, la gracia y el amor. ⁽¹⁾

9. Las contradicciones en los santos.—Explicamos esto porque el ojo del que no comprende la naturaleza, porque no conoce lo sobrenatural, sólo descubre contradicciones en la vida de los santos.

Contempla el mundo con asombro á estos seres que le parecen tan inexplicables, que experimentan tentaciones tan penosas, sin que sucumban jamás, ⁽²⁾ que son pobres de todo lo que el mundo llama riquezas, y, no obstante, inagotables cuando se trata de dar. ⁽³⁾

Gimen también en la aflicción, porque son hombres como los demás y nada saben disimular, pero esto no hace más que templar sus fuerzas, ensanchar su corazón y hacer inquebrantable su valor. ⁽⁴⁾

Precisamente cuando se ven aplastados por las humillaciones, manifiestan toda la sublimidad de su espíritu. ⁽⁵⁾ Ejemplo consolador para nosotros es que, si llegan á caer en el camino de la perfección, se levantan inmediatamente. ⁽⁶⁾ No miran jamás lo que han hecho, sino lo que les falta por hacer. ⁽⁷⁾ Se nos aparecen á la vez como llenos de temor y de esperanza. ⁽⁸⁾ Usan de rigor consigo mismos, y se ofrecen, no obstante, como espejos de sencillez. Son

(1) Os., II, 19, 20.

(2) II Cor., 4, 8, 9.

(3) II Cor., VI, 10.

(4) Gregor. Magn., *Mor.*, 29, 31, 65.

(5) *Ibid.*, 7, 53; 26, 31.

(6) *Ibid.*, 9, 57; 21, 11; 32, 1.

(7) *Ibid.*, 22, 12.

(8) *Ibid.*, 5, 44.

concienzudos en las cosas más pequeñas, y muestran, sin embargo, una serenidad y una libertad de espíritu incomprendibles. Son recogidos en el cumplimiento de sus obligaciones interiores, como si viviesen únicamente de la vida interior. Dulces para con los demás, son severos para sí mismos. Unen la ternura del niño á la timidez de la virgen. En sus relaciones con el mundo, en su rebajamiento hasta la criatura más insignificante, en sus trabajos más humildes, de tal modo aparecen sumergidos en Dios, que ve uno en ellos el cumplimiento de estas palabras: «Nuestra ciudad está en los cielos». ⁽¹⁾

El mismo mundo no sabe lo que le pasa á la vista de los santos. Tiene horror de ellos, pero no puede apartar de ellos sus miradas. Detesta su vida y respeta sus personas. Quisiera huir de ellos y no puede resistir al deseo de ir á verlos.

Dios mismo hace de ellos verdaderas maravillas de contradicción. Les hace sentir su debilidad como á cualquier otra persona, y, no obstante, opera millares de milagros por su mediación. Humíllalos cruelmente para ser honrado en ellos; los persigue por la más pequeña infidelidad, como si fuesen criminales, y los colma de las pruebas más exquisitas de su amor.

Sin duda que éstas no son tales que los conduzcan á la afeminación. No, la amistad de Dios nada tiene de muelle. Siempre es grave, justa y santa, especialmente para aquellos que más ama. Cada gracia que les concede, y cada obra que juzga excelente que por ellos sea realizada, debe ser pagada antes y después con un gran sacrificio.

Tal es el modo como Dios obra con relación á sus santos. Prescinde de muchas de nuestras faltas, porque somos hombres sin energía é imperfectos, y nos regala muchas gracias, porque sabe que somos demasiado pobres para pagarlas generosamente. Pero de tal modo educa á sus elegidos, que sin trabajo se comprende, aunque sea tem-

(1) Phil., III, 20.

blando, lo que su Hijo quería decir cuando le dirigió esta plegaria: «Santificalos en la verdad». ⁽¹⁾

10. Los santos como fieles copias de Jesucristo.— Si vemos tan sorprendentes contradicciones en los santos, ¿no tenemos derecho á dudar de su santidad?

No. Jamás el hombre, por perfecto que pueda ser, llega á la cumbre de la perfección en esta vida terrenal.

Puede triunfar de los defectos humanos, porque no forman parte de su naturaleza, pero jamás se despojará de la debilidad inherente á esta última.

Además, el modelo que debe imitar, la santidad divina de Jesucristo, es tan sublime, que jamás podría imitarla por completo, aunque viviese eternamente.

Así, pues, estas contradicciones aparentes en los santos, no son más que una causa de confusión para ellos, pero ellas son un honor para Dios, un elogio del poder de su gracia y de la fuerza del ejemplo de Jesucristo. Es también una gloria para ellos, porque precisamente por estas contradicciones vemos todas las dificultades que hay que vencer para llegar á formar en nosotros una copia del Hijo de Dios, tal como los santos la han realizado en ellos.

No debemos, pues, escandalizarnos de ver en ellos restos de debilidades que comparten con nosotros, sino que, antes bien, debemos regocijarnos del espectáculo de la semejanza con Jesucristo, que ellos se han apropiado con tantas fatigas y á pesar de tantos obstáculos.

Hasta el último suspiro, mostráronse infatigables en coger, en el jardín de la vida santa de Jesús, la flor de la santidad para adornar su vida, y en trabajarla, en el secreto de su corazón, para convertirla en virtudes propias suyas, como esas abejas de Dios de que habla el Dante, «que se adhieren á las flores, y quieren llevar á la colmena los productos de ese primer trabajo destinado á adquirir tan dulce sabor». ⁽²⁾

No obstante sus debilidades humanas, han adquirido,

(1) Ioan., XVII, 17.

(2) Dante, *Parad.*, XXXI, 6 y sig.

con su asiduidad en querer imitar á Jesucristo, una semejanza sorprendente con Él. En esta semejanza se encuentra precisamente su santidad.

Refiérenos de Ida de Lovaina que de tal modo estaba penetrada del amor á Jesucristo, que no podía decir dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba su alma. Parecía-le á veces que todos sus miembros estaban transformados en corazones, y que cada uno de ellos estaba lleno de Dios. ⁽¹⁾ Y con frecuencia el amor de Jesucristo ejercía tales efectos físicos sobre ella, que se veía obligada á descalzarse y á ensanchar su hábito. ⁽²⁾

Santa Gertrudis se consideraba como un árbol que había crecido en la llaga del costado de Jesús. De tal modo todas las hojas y ramas de este árbol estaban penetradas de la fuerza de su divinidad y de su humanidad, que resplandecían como el oro á través del cristal. Tan dulce perfume de Jesucristo difundían sus frutos, que llevaba á las almas del purgatorio cierta dulcificación en sus penas, á las almas de los justos cierto aumento de gracia, y á los pecadores el saludable remedio de la penitencia. A consecuencia de esta unión, con tanta complacencia acogía la Santísima Trinidad sus obras como si hubiesen sido resultado de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo y de la bondad del Espíritu Santo. ⁽³⁾

Se ha dicho igualmente de Santa Mechtilde que Dios era la voz y el lenguaje con los cuales se glorificaba á sí mismo en su alma. ⁽⁴⁾ Jesucristo vivía tan verdaderamente en ella, que podía decirle: «Mi corazón es tuyo y tu corazón es mío». ⁽⁵⁾ Yo soy tu prenda y tu eres la mía». ⁽⁶⁾

Esta especie de cambio de corazón es una de las cosas más frecuentes en la vida de los santos. Con frecuencia se ha manifestado exteriormente por modo maravilloso, como

(1) Hugo, *Vita B. Idæ Lovan.*, 1, 5, 31, 34.

(2) *Ibid.*, 3, 1, 10.

(3) Gertrud., *Legatus divin. piet.*, 3, 18.

(4) Mecht., *Lib. sp. grat.*, 5, 21.

(5) *Ibid.*, 3, 29.

(6) *Ibid.*, 3, 37.

lo leemos en la vida de Santa Catalina de Sena, ⁽¹⁾ en la de Santa Catalina de Ricci ⁽²⁾ de Santa Lutgarda, ⁽³⁾ de las bienaventuradas Osanna, ⁽⁴⁾ de Inés de Jesús ⁽⁵⁾ y de Dorotea. ⁽⁶⁾ En realidad, realizóse interiormente más ó menos en todos los santos.

Por el mismo hecho, dejan de ser incomprensibles muchas cosas en su vida, como estaríamos tentados á creerlo.

Lo exterior es la expresión de lo interior. El que interiormente es en realidad crucificado con Jesucristo, ⁽⁷⁾ ¿por qué no ha de mostrar también exteriormente los estigmas del Salvador? ⁽⁸⁾

Para el que comprende lo que son los santos, es decir, imitadores fieles de la vida, sufrimientos y santidad de Jesucristo, los estigmas nada tienen de asombrosos.

Lo mismo puede decirse de otros incidentes análogos en su vida. Santa Catalina de Sena mostró de repente al escéptico Raimundo de Capua su rostro completamente semejante al de Jesucristo. ⁽⁹⁾ Una religiosa incrédula comprobó el mismo fenómeno en Santa Catalina de Ricci. ⁽¹⁰⁾ A fuerza de meditar los sufrimientos del Salvador, hízose incognoscible Santa Coleta, pues su rostro se asemejaba al del Salvador durante su pasión. ⁽¹¹⁾ Se ha dicho también del esposo de Santa Isabel, el buen landgrave de Turingia, Luís: «Su rostro era tan jovial y su corazón tan bueno, que, en todo su exterior, parecía asemejarse á Jesucristo, quien, durante su vida, fué el más hermoso de los hijos de los hombres». ⁽¹²⁾

(1) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 6, 179, 180.

(2) Bayonne, *Vie de S. Cath. de Ricci*, I, 137 y sig.

(3) Thomas Cantiprat., *Vita S. Lutg.*, I, 1, 12.

(4) Franc. a Silvest., *Vita B. Osannæ*, 3, 1, 98. Hieron. Olivétan., *Vita B. Osannæ*, 3, 2, 268.

(5) Lantages, *Vie d' Agnès de Jésus*, I, 99; II, 132.

(6) Joan. Marienwerder, *Vita B. Dorothe.*, I, 2, 10; II, 3, 45.

(7) Gal., II, 19.—(8) Gal., VI, 17.

(9) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, I, 5, 90.

(10) Steill, *Ephemerid. Dominic.*, II, I, 856. Bayonne, *Vie de S. Cath. de Ricci*, I, 161 y sig.

(11) Stephan. Iulian., *Vita S. Coletæ*, 11, 96.

(12) *Leben der h. Elisabeth* (Rieger), 3143 y sig.

¡Quiera Dios conceder al mundo la gracia de hallar á menudo verdaderos santos! Quizás experimente entonces los mismos sentimientos que las discípulas de la bienaventurada Juana de la Cruz: «Nuestra maestra era joven;—decían ellas—no obstante, parecía siempre penetrada y rodeada de un poder invisible. Dios brillaba en ella. No le veíamos, pero creíamos oír sus palabras, sus enseñanzas, sus reproches. Cuando ella callaba, ni una palabra se pronunciaba en la clase; hubiéramos creído ofender en ella al Salvador silencioso. Ocurría esto especialmente en los días de comunión. Decíamos entonces por lo bajo: «Seamos muy prudentes, nuestra Maestra ha recibido al Redentor; en ella mora. Ved como aparece ella deslumbrante de amor». ⁽¹⁾

Así es como los santos podían decir con San Pablo: «¿Ó queréis acaso hacer pruebas del poder de Jesucristo, que habla por mi boca, y del cual ya sabéis que no ha mostrado entre nosotros flaqueza, sino poder y virtud? Porque si bien crucificado como flaco según la carne, no obstante vive ahora por la virtud de Dios. Así también nosotros somos flacos con Él; pero estaremos también vivos con Él por la virtud de Dios que haremos brillar entre nosotros». ⁽²⁾

(1) Beda Weber, *Joanna Maria vom Kreuze*, (2), 71.

(2) II Cor., XIII, 3, 4.